

El Farfacá indígena

La arqueología ha registrado presencia humana en los actuales predios de la Uptc-Tunja, en la vecindad de las rocas y pictogramas del mismo río Farfacá, desde el siglo II a. de C.¹⁵. Ese período temprano, en el actual altiplano cundiboyacense, se ha identificado como Herrera, o Premuisca, o de Agricultores Tempranos. Estos primeros agricultores recorrieron la región, trajeron sal de Nemocón, Zipaquirá, piedras para sus labores del Magdalena, conchas de mar, tal vez tallaron y transportaron grandes piedras, tejieron fibras, manejaron la cerámica, trituraron granos y manejaron metales como el oro y el cobre¹⁶. En Tunja, cerca de las columnas de piedras talladas en el lugar conocido como el “Templo de Goranchacha”¹⁷, dejaron a sus muertos en espacios colectivos e individuales, acompañados de restos de animales, piedras y fragmentos de la cerámica “incisa”¹⁸, reconocida regionalmente y diferente a la del período posterior muisca.

¹⁵Un enterramiento del sitio Laboratorio-La Mucla, asociado a cerámica incisa, fue fechado en 1680 +/- 60 B.P. calibrada y 1870 +/-60 B.P. convencional (Beta77495).

¹⁶Roberto Lleras, Javier Gutiérrez y Helena Pradilla, 2009.

¹⁷En 1937, Hernández de Alba llamó “Templo de Goranchacha” a un conjunto de por lo menos 18 piedras ubicadas en cercanías del río La Vega o Farfacá, que relacionó con las columnas reseñadas por Pedro Simón (1624) para una construcción del cacique Goranchacha a su padre el Sol (Gregorio Hernández de Alba, 1937 a, b).

¹⁸La cerámica incisa en relación con la cerámica del período muisca tiene un desgrasante de rocas trituradas como la calcita y no de arenas; los tamaños y las formas son diferentes y la incisión en el acabado de las vasijas es muy generalizado, aunque también se da el color.

La presencia de los muisca se generaliza a partir del siglo XII en Tunja, y son quienes en el siglo XVI enfrentan la conquista española. Ellos ocuparon ampliamente las laderas del valle de los ríos Farfacá y Funsí. En el siglo XVI, en Tunja se veían los cercados de las autoridades indígenas, sobre los cuales se construyeron las principales iglesias y la ciudad hispánica. La zona de las pictografías estaba a las afueras, a pocos kilómetros de la concentración de cercados, en el entorno del río Farfacá o Garbaquedaque, que viene de la vertiente de Iguaque, lugar donde se origina la humanidad muisca. En este río de carácter ancestral también se encontraba el Pozo de Chunzua o de Donato y el Templo de Goranchacha, lugares de origen de los muisca, y cuyo entorno fue reconocido en la fundación de Tunja en 1539¹⁹, como el cercado grande de los santuarios; arqueológicamente allí se ha identificado un amplio espacio de sitios de vivienda, pero principalmente de rituales funerarios. El carácter ritual del lugar ha quedado consignado en la crónica de Pedro Simón donde describe el recorrido del Gran Chacha, o Goranchacha, hijo del Sol, para honrar a su padre:

“Cerca a las postreras casas del pueblo, a la parte del norte donde lo llaman las cuadras de Porras hizo edificar un templo a su padre el sol, donde lo hacía venerar con frecuentes sacrificios y él hacía sus estaciones en ciertos días del año con tanta prosopopeya y magestad, que juntándose todos los indios y puestos como en procesión para acompañarle y endiéndole por el suelo en todo el camino mantas finas y pintadas, comenzaban a caminar desde sus palacios que era donde ahora está fundado el convento de San Agustín...”²⁰

La tradición oral de Motavita reconoce sobre el mismo río otro recorrido que pasa por la piedra “las escudillas”²¹, donde el cacique de Motavita daba de comer “a los esclavos que lo transportaban en la parihuela” en sus viajes a Tunja. Esta piedra también la llaman “piedra de antigua”, la Moya y, recientemente, la moya de San Ricardo²²; esta piedra tiene 14 oquedades y se identifica en el catálogo como FrB04 y está ubicada en el extremo más bajo del corredor de pictografías.

¹⁹Acta del Cabildo agosto 1539, en Villate, G., 2001, pp. 161-162.

²⁰Fray Pedro Simón, Op. cit. p. 422.

²¹Germán Villate, 2001, p. 148. [Escudilla: “Vasija ancha y de forma de una media esfera, que se usa frecuentemente para servir en ella la sopa y el caldo”. (DRA, 1992, p. 882)].

²²Ibidem.

Las márgenes del río Farfacá, donde se concentran las pictografías y moyas, se conocen, según ancianos de la región, como “la cuca”²³. Esta palabra muisca²⁴, muy frecuente en la documentación colonial, tal vez, “es un vocablo rápidamente aprendido por los conquistadores, pues en su racionalidad se relacionaba con tesoro”²⁵, con templo, santuario o como el lugar donde se dejaban las ofrendas.

A finales del siglo XVI la “cuca” se define en Iguaque como un templo de idolatría: “... que el dicho don Pedro Comba es idólatra y manifestó él mismo que tenía un templo de idolatría que lo había heredado de sus antepasados y que en lengua de indios llaman cuca...”²⁶, o como casa santa: Juan, cacique de Iguaque, declaró “que tiene una casa que llaman cuca que quiere decir casa santa a quien se la dejó un tío suyo”²⁷; en Lenguaque, en 1595, se reconoce también como santuario, casa de plumería:

“Cuca... que en lengua española quiere decir casa santa...: Que es verdad que el confesante ha tenido a cargo y ha guardado una casa de plumería que llaman casa santa y que éste ha guardado desde niño, que se la dejó un pariente suyo llamado Nemen [...] y que la orden que tienen en guardar la dicha casa santa es que no ha de entrar ningún indio ni india ni otra persona sino es el que tiene cuidado de guardarla, y ansi en la casa de este confesante no entraba nadie, y que algunos años agora quema moque y trementina y que antes lo quemaban cada día y agora es año a año [...] si entra alguien se le causaría enfermedad o alguna desgracia.”²⁸

En el diccionario muisca-español del siglo XVII se define “cuca” como “Seminario”²⁹, que podría relacionarse con casa de formación:

²³Ibídem, p. 149.

²⁴Diccionario y gramática chibcha. Manuscrito anónimo de la Biblioteca Nacional de Colombia. Transcripción y estudios histórico-analítico María Stella González de Pérez. Instituto Caro y Cuervo, 1987, Bogotá.

²⁵G. Villate, 2001, p. 150.

²⁶AGN, Visitas Boyacá, T19, f.755r, en Villate, 2001, p. 150.

²⁷Legajo 74 expediente 318r, en Villate, 2001, p. 151.

²⁸[1595], Visita de Egas de Guzmán, en Colmenares, 1984, pp. 26-27.

²⁹Diccionario y gramática chibcha, Op. cit.

“...que los caciques de toda esta tierra tienen [...] unas casas que llaman cucas donde meten a sus sobrinos para que allí estén porque han de heredar y que allí ayunan y están uno, dos y tres años como cada uno puede sufrir [...] que ansy mismo los geques y santeros van de noche a esas casas donde están los sobrinos de los caciques y capitanes que llaman aquellas casas cucas y allí les están predicando.”³⁰

Este largo proceso de formación lo describe Simón de la siguiente manera:

“A éste que había de suceder cuando era de mediana edad, lo sacaban de casa de sus padres y metían en otra apartada del pueblo, llamada cuca, que era como academia o universidad donde están algunos pretendientes con otro indio viejo que les hacía ayunar con tal abstinencia, que no comía al día más que una bien tajada porción de mazamorra o puches de harina de maíz, sin sal ni ají, y alguna vez algún pajarillo que se llama chismia, o algunas sardinitas que cogen en los arroyos, no más larga cada una que la primera coyuntura del dedo mayor de la mano; pero de todo muy poco. También les enseñaba las ceremonias y observaciones de los sacrificios, en que gastaban doce años. Después de los cuales le horadaban las narices y orejas en que les ponían zarcillos y caracurís de oro – e – íbanle acompañando muchos indios hasta una quebrada limpia, donde se lavaba todo el cuerpo y vestía mantas nuevas finas, desde donde iba con él mismo o con mas acompañamiento a la casa del cacique, el cual le daba la vestidura de sacerdocio, concediéndole y dándole de sus mano para que trajera el poporo y la mochila del hayo y algunas buenas mantas finas y pintadas, y licencia para ejercer el oficio de jeque en toda su tierra, porque en cada una los había particulares. Ya con todo esto quedaba del todo graduado en su oficio, por cuya solemnidad hacían grandes fiestas, de mucha bebida y bailes, ofreciendo sacrificios para que ejerciera el oficio.”³¹

Este sentido de la cuca, de seminario o lugar de formación, es el que recoge Miguel Triana en 1924³² como “el Colegio”, nombre del sitio de las pictografías o “jeroglíficos chibchas” del

³⁰En Hermes Tovar, 1997, Tomo III: 257; en G. Villate, 2001, p. 152.

³¹Fray Pedro, Simón Op. cit., pp. 383–384.

³²Miguel Triana, 1924, Planchas XXXI, XXXIII, XXXIV, XLIV(2), XLV, XLVI, XLVII, XLVIII, II, L.

Farfacá, de los cuales publica 10 láminas. Para 1950, Eliécer Silva Celis también retoma el nombre del “Colegio” para ubicar las pictografías en Tunja³³.

Las pinturas en las piedras, en la sociedad muisca, aparecen consignadas en las recopilaciones documentales de los cronistas españoles como la manera de dejar enseñanzas o imágenes, por ejemplo, sobre el hilado y el tejido del algodón: “Cuando [Bochica] salía de un pueblo les dejaba los telares pintados en alguna piedra lisa o bruñida, como hoy se ven en algunas partes, por si se les olvidaba lo que les enseñaba; [...] Enseñóles a hacer cruces y usar de ellas en las pinturas de las mantas con que se cubrían...”³⁴. Igualmente se refiere que cuando Bochica llegó a la provincia de Guane lo “retrataron” en las piedras: “hubo allí indios tan curiosos que lo retrataron, aunque muy a lo tosco, en unas piedras que hoy se ven y unas figuras de unos cálices dentro de las cuevas donde se recogía a las márgenes del gran río Sogamoso”³⁵.

En la documentación también se señalan rocas y moyas que fueron marcas importantes en la vida económica y religiosa: la piedra de Sorocotá se destacó porque sobre ella se realizaban transacciones de mercado entre distintas provincias; piedra que además tuvo un gran sentido religioso; dentro de ella encontraron riquezas y se escribió que la había traído el “demonio”³⁶. Igualmente, hay piedras que representan los ancestros; el cacique de Tunja, Hunzahúa, su hermana y su hijo quedaron convertidos en piedra en el Salto del Tequendama y en Susa, respectivamente³⁷. Así mismo las huellas del “predicador” Bochica y de otros ancestros

³³ Eliécer Silva Celis, 1950, *Arte rupestre en Colombia o en el Libro azul*?????

³⁴ Fray Pedro Simón, [1625] 1981, p. 374.

³⁵ *Ibidem*, pp. 374-376.

³⁶ “... en las tierras del cacique Sorocotá, en los términos de la ciudad de Vélez [...] Aquí por ser comunes bogotae, tunjas, sogamosos, guanes chipataes, agataes, saboyaes y otras muchas provincias comprendidas dentro de éstas, se juntaban de ocho en ocho... (se presentaron agravios por parte de negros esclavos cimarrones y la ciudad –Vélez– decide trasladar el mercado, pero la gente no acudía)... “volvían a su primer sitio haciendo sus contratos de mayor cuantía sobre una piedra de hasta cuatro quintales que había en un cerrillo del puesto, a cuya redonda estaba toda la gente [...] aquella piedra era lo que no les podía arrancar de su primer sitio, por las supersticiones que en ellas tenían para sus contratos...” (las autoridades españolas deciden continuar con el traslado del mercado y romper la piedra, y al abrirla encontraron “tan rica de plata que se sacaron más de ochenta marcos [...] Llenose con esto la tierra de esperanzas [...] haciendo en esto apretadas diligencias por más de cuatro años [...] que todos fueron en vano [...] De donde salió en opinión de muchos, que aquella piedra se la había traído allí el demonio de alguna mina rica de plata de las de la ciudad de Mariquita, Potosí u otra parte, para las supersticiones que sobre ella hacían” (Simón, 1625 – 1981, TIII, p. 404).

³⁷ El cacique de Tunja, Hunzahúa, se enamora de su hermana, situación que es condenada por su madre quien los maldice y destierra: llegando a Susa (en Cundinamarca) le dan los dolores del parto: ... Y pariendo un niño y no atreviéndose a llevarlo lo dejaron convertido en piedra en una cueva donde hoy dicen está. Y libres ya de eso[...] y llegando a las tierras del Bogotá, cerca del pueblo de Ciénaga, por bajo del salto de Tequendama, al pasar el río les pareció mucho el cansancio y camino que traían y que hallándose en tierra ajena, habían de ser mayores, determinaron convertirse en dos piedras, que hoy están en la mitad del río “... (Simón, 1625 – 1981, TIII, pp. 410-411).

quedaron plasmadas en piedras en distintos sitios como Iza: “Después del cual llegó al pueblo de Iza y habiéndoles enseñado y predicado lo mismo, desde allí se desapareció que nunca más lo vieron dejando allí en una piedra estampado un pié de los suyos, en que tienen hoy tanta devoción los indios e indias preñadas, que van a raspar de aquella piedra y la beben en agua para tener buen parto”³⁸; Ubaque: “En el valle de Ubaque de jurisdicción de esta ciudad de Santa fe, cerca de una quebrada llamada Zaname se halla en una piedra estampado un pie humano. Y cuando la tradición de los naturales no asegura ser vestigios del pié del apóstol que predicó en este Reino, lo acreditaran los continuos milagros que dicen han obrado los polvos de aquella piedra que los indios dan de beber a los enfermos”³⁹; e Itoco: “... en el cerro de Itoco de los muzos se halla una loza y en ella impresas huellas de pié humano en territorio de los muzos”⁴⁰.

Por lo anterior es que podemos suponer que el entorno del río Farfacá, en el aislamiento de los cercados, tenía un espacio para la formación de autoridades, el cual constaba de varias casas o cucas o santuarios; “debía haber una cuca por cada unidad política, es decir, una del cacique, una de cada capitán mayor y una de cada capitán de uta: 'que ansy mismo los caciques hacen sacrificio mandándolo hacer a sus geques y santeros que son seis santeros de cada cacique grande y de cada capitán uno y dos si es capitán grande’”⁴¹. El agua, los ríos, las cucas y las pinturas fueron, seguramente, el espacio propicio para la formación de la espiritualidad, cuyo ejercicio debió ser permanente a partir de los ofrecimientos que los chyquis o sacerdotes tenían que hacer, para mantener la vida social y política de la sociedad.

³⁸Simón, 1625–1981, TIII, pp. 411-413.

³⁹Citado por Becerra, 1990, pp. 50-51. Zamora, 1980, Tomo I. Ed. Instituto Colombiano de Cultura Hispánica. Ed. Kelly. Bogotá, p. 273.

⁴⁰Pedro Simón, T. III, pp. 410-411.

⁴¹Hermes Tovar, 1997, p. 259, Tomo III. En Villate, 2001, p. 152.